

ESPAÑA PINTORESCA.



(Vista del pico de Teide, en la isla de Tenerife.)

LAS ISLAS CANARIAS.

ARTICULO 2.º

Si después de haber recorrido algunos de los mas bellos puntos de Tenerife, y recreado su vista con las pintorescas campiñas y los bellísimos cuadros que su suelo ofrece por todas partes, desea el viajero encontrar nuevos objetos que le procuren una ocupacion agradable; á la par que independiente de las fórmulas y ceremonias que lleva siempre consigo la sociedad y su incómoda etiqueta, difícilmente podrá hallarlas en el interior de las ciudades Canarias, por mucho que en ellas las busque. Así que su atención tomará forzosamente un vuelo mas alto, y acordándose entonces de la colosal montaña que elevada en el centro de Tenerife, habia contemplado antes de abordar esta isla enseñoreándose sobre el archipiélago Canario, experimentará con tanta mas razon el deseo de visitarla, cuanto que no habrá cesado de presentarse continuamente á su vista, como último término de todas las perspectivas que puede ofrecer el suelo de Tenerife. Y con efecto, el *Teide* ó *pico* de este nombre, que se encuentra en esta isla, es acaso el objeto mas notable, curioso y digno de observarse que hay en ella,

Año VII.

asi porque su influencia y las revoluciones volcánicas ocurridas en Tenerife, se manifiestan palpablemente en sus montes quebrados, sus costas tajadas, y sus barrancos formados de lavas y otras piedras calcinadas y areniscas, como porque desde muy lejos llama la atención del viajero, cual ningún otro volcán del universo. Es cierto que el monte blanco en Europa; el Chimborazo en América; el Javahir y el Dhavalagiri en la cordillera de Himalaya, esceden al Teide en miles de toesas de altura; pero en cambio mientras aquellas internadas en los continentes no descubren desde el mar su verdadera elevacion, el Teide, aislado en medio del Océano, ofrece á la vista del navegante una inmensa pirámide que puede recorrer con una sola mirada desde el extremo de la cúspide hasta lo último de su base.

Supongamos, pues, al viajero que decidido á tentar esta empresa, sale de la villa de la Orotava, á la madrugada de cualquier día de julio, agosto ó setiembre, única época del año en que podrá verificarlo, para esperar los primeros alhores del día en las montañas, que conduciéndole hácia las alturas del Teide le permiten dominar desde una considerable elevacion el dilatado valle que lleva el nombre de aquella villa. Aquí una encantadora y risueña perspectiva, un cuadro grandioso y sublime, digno del pincel de Poussin, será lo primero que arrebatte su vista y enagene sus sentidos. Al espectáculo que ofrece este delicioso valle, que en el artículo anterior hemos descrito, tendrá que añadir nuevas costas

4 de diciembre de 1843.

y nuevos pueblos, de que verá sembradas las orillas del mar, cuyas bullentes aguas recibiendo ahora los primeros rayos del sol, que se levanta allá en el horizonte, presentan un aspecto semejante al de una llanura de azul y plata, toda esparcida de diamantes y rubíes.

En este lugar deberá, sin embargo, dar el último adiós á los placeres de sus sentidos para entregarse á las fatigas de su viaje; y no porque en él hayan cesado de presentarse á sus ojos escenas dignas de mayor atención, sino porque á la par que estas serán de un carácter mas sério é imponente, no escasearán los pedregosos y escarpados caminos, hasta que al amanecer del siguiente día se vea en la cima del Teide. Siguiendo su comenzada ruta, el monte de los Castaños le ofrecerá ya un punto donde, como naturalista, podrá fijar su consideración en diversos árboles, plantas é insectos curiosos, de las cuales le mencionaremos algunas con sumo gusto; pero persuadidos de que la mayor parte de nuestros lectores se quedarían en ayunas al oírnos hablar de la *Mirica faya*, el *chrysanthemum pinnatifidum*, y otros objetos de semejantes denominaciones, omitiremos, así en este como en los demás lugares de nuestro tránsito hacia el Teide, los nombres de plantas é insectos propios de aquellas elevadas regiones, que los viajeros naturalistas pueden consultar en las obras de Bordá, Lamouon, Cordier, y los barones de Humboldt y de Buch.

Llegaremos, pues, con el curioso viandante hasta el lugar denominado *pico del Danajito*, cuya altura sobre el nivel del mar es de unas 530 toesas, y desde el cual se descubre la parte septentrional de la isla, que presenta á la vista del observador unas escarpadas y altísimas montañas, cubiertas de empinados y copudos árboles tan antiguos como la tierra, sembradas de labregas cavernas, de horribles derrumbaderos, y de disformes peñascos que amenazan desgajarse. Siga luego por aquellas pedregosas y tortuosas sendas, en las que se ofrecerán á sus ojos diversas clases de vegetación, y después de atravesar las regiones del monte verde; de los helechos, de las retamas y otras á que dá nombre la misma clase de sus plantas ó la disposición de su terreno, entrará por el *portillo*, que es una especie de paso estrecho por entre dos columnas basálticas, á los llanos denominados las *Cañadas*.

Estas llanuras, que en forma semejante á la de una galería exterior en un edificio circular, rodean el último inmenso cuerpo del Teide, denominada el *Monton de trigo*, y que contienen algunas leguas de estension, han recibido el nombre plural por la razon de que acercándose en algunos puntos las montañas exteriores á las que bajan del Teide, forman en ellos unos pasadizos estrechos que las dividen en varios trozos, como pudiera estarlo una larga galería de inmensos y dilatados salones. Hé aquí el punto de vista de donde está tomada la que vé al frente de este artículo; por manera que nuestros lectores no han de imaginarse que el terreno que en ella sirve de base al pico de Teide, y de descanso á los caminantes, se halla colosado á la altura ordinaria del suelo que pisamos. Este terreno son las *Cañadas*, elevadas ya 1400 toesas, es decir, mas de 3000 varas castellanas sobre el nivel del mar; atravesando ahora este llano de pomez amarilla, cuyo resbaladizo terreno unido á su larga estension, fatiga no poco al caminante, llegará por fin al *Monton de trigo*; y emprendiendo la subida por estrechas sendas, encontrará á pocos pasos una especie de caverna, donde si lleva su *tienda de campaña*, mueble casi indispensable en este viaje, la armará, y fijará allí sus reales, en el sitio denominado la *Estancia de los ingleses*; á

causa de que estos, que son los que mas frecuentan el pico, han hecho siempre alto en este lugar.

Y no crea el lector que sin razon le hacemos armar tienda de campaña y detenerse en esta estancia. Cuando llegue á pisarla, ya los vivificantes rayos del sol habrán principiado á perder un tanto de su calor, y sus últimos reflejos en los montes que se hallan frente á su vista, vendrán acompañados del aire fresco de la tarde, que se hace muy sensible á la altura de 1550 toesas. Así, que su primera diligencia será encender en derredor de la tienda una buena hoguera de retamas, y abandonar el grandioso é imponente espectáculo que fuera de ella le ofrecerán aquellas colosales montañas, que escondiendo su cima dentro de la bóveda celeste, imponen silencio y humildad respetuosa al mortal que las contempla, para encerrarse dentro de sus lienzos, y buscar allí entre unas buenas mantas el abrigo que han menester sus miembros casi entumecidos por el frío. Si apesar de sus diligencias no hubiese podido procurarse una tienda, esto mismo, sin peligro alguno de su salud ó existencia, le ofrecerá la ocasion de contemplar las mas vistosas decoraciones de aquel sublime teatro. Unas veces se le presentarán aquellas colosales montañas ocultas entre las nubes; otras, disipadas estas, parecen acercarse con una temible proximidad; y si la luna, en medio del oscuro azul del cielo, derrama su temblorosa luz por aquellas alturas, colocada un tanto hacia la espalda del volcan, verá la sombra de esta proyectarse imponente sobre las nubes, que hajan rodando á sus mismos pies. De todas maneras allí pasará la noche reparando las fatigas de la anterior jornada, y aun no habrá amanecido el día siguiente cuando sus guías le despertarán para emprender la subida á la cima del Teide. Esta parte del camino habrá de continuarla á pie, porque las caballerías no pueden subirla, y en ella encontrará objetos muy curiosos, en cuya descripcion sin embargo seremos muy breves.

Después de dos horas de penoso camino, el viajero llegará á una pequeña llanura hasta donde suben comunmente los naturales del pais, que se ocupan en recoger y vender nieve, llamada por esta razon la *estancia de los neveros*, y tambien *alla vista*. Desde ella empieza el trozo llamado el *mal pais*, nombre que tambien se conone en otras naciones aplicado á terrenos como este, compuestos de fragmentos de lavas, y sin ninguna especie de vegetación. A la derecha encontrará la *cueva del hielo*, donde no obstante su altura de 1750 toesas, inferior á la de la zona, de las nieves perpétuas, existen los hielos todo el año, cubiertos generalmente de una capa de agua, al través de la cual se divisan, y en cuya cueva puede entrarse fácilmente. Después de examinarla continuará su ruta por el *mal pais*: hasta que concluido este, llegará á otra llanura de corta estension denominada la *rambleta*, que dá principio al último trozo del Teide, llamado el *pari de azucar*, y en la que ya verá respiraderos de este volcan, á que se ha dado el nombre de *narices del pico*. Los vapores que salen de estas *narices* no tienen sin embargo olor alguno; parecen de agua calentada, como en efecto deben serlo.

Nuestro deseo de no alargar esta relacion, nos hacia ya olvidar un fenómeno que el viajero notará forzosamente durante esta travesía, y que llamará su atencion hasta dejar absortos sus sentidos. Este será la salida del sol cuando venga á sorprenderle en medio de su subida. Imposible sería, de otra suerte que viéndolo, poder formar una idea del misterioso aspecto que presentan en la alborada las neblinas ó vapores que, reuniéndose durante la noche, cubren el terreno de todas las islas, y sobre las cuales vé el viajero elevarse las montañas más

altas de ellas; así como el delicioso y agradable que ofrecen los rayos precursores del astro matutino, dissipando la niebla y haciendo nacer á los ojos del observador pueblos que parecían como sepultados bajo espesos montones de nieve, hasta que apareciendo el mismo astro bajo la forma de un esferoide aplanado por efecto de la posición del observador, derrama por todas partes torrentes de copiosa luz.

En esta breve digresión hemos dado algun descanso al lector, para hacerle subir todavía el último trozo que restaba, á saber: el *pan de azúcar*. Este solo es accesible por una senda trazada hacia la parte del Sur en un antiguo arroyo de lava, que habiendo tomado forma consistente en aquel lugar, ha resistido allí los huracanes y tempestades de un sin número de años. Llegado arriba, el viajero hallará una muralla que rodea la caldera del volcan, y que la haría impenetrable si no ser por una abertura que hacia la parte oriental hizo en ella al parecer algun otro arroyo de lava, y que le permite descender hasta el fondo del crater. Las impresiones que en aquella angusta soledad, á 1906 toesas, ó sean 4500 varas de altura, sobre al resto de los habitantes de las islas, experimenta el hombre filósofo y admirador de las grandezas y sublimes creaciones de la naturaleza, no necesitan descripción, ni podrian tampoco describirse: y si á esto se reúne el ruido sordo que se escucha en algunas grietas, de donde salen vapores oscuros y sulfúricos, los pedazos considerables de azufre cristalizado que hallará en otras, la naturaleza de aquellas piedras volcánicas, y las horribosas escabrosidades que ofrecen aquellos peñascos, no será extraño que se llegue á sentir animado de un fanatismo que nada tiene de vulgar, y ceda á preocupaciones, que allí pueden hacerse santas. Un joven inglés que viajaba en 1834 dejó en una de aquellas grietas una pequeña cajita de lata con un billete, en el cual decía que consagraba aquella memoria á las madres de un amigo. Otro joven del país, dado al estudio de las ciencias naturales, que le subió en el mismo año, sorprendido con mucha razón al ver un enjambre de abejas en unas hendiduras de lava, que revoloteaban susurrando en derredor de su caverna, recordó oportunamente aquellos terroríficos versos de Virgilio, cuando habla de los sueños que vagaban á la entrada del infierno:

.....Follisq; sub omibus hærent.

Pero nosotros dejaremos al lector que experimente por si mismo estas impresiones cuando suba á la cima del Teide, ó que las recuerde, si ya ha hecho esta agradable escursión: ahora siendo nuestro objeto el que este artículo pueda servir de alguna utilidad á los viajeros mismos que intenten esta empresa, omitiendo hablar del descenso desde el crater por un camino que ya conocen, les daremos una nota de las diferentes alturas, que van ascendiendo en la travesía que acabamos de describir.

Pino del Domajito.	530 toesas.
Cañadas.	1400
Estancia de los ingleses.	1550
Alta-vista.	1660
Cueva del hielo.	1730
Narices del pico, ó pic del pan de azúcar.	1824
Cima del Teide.	1906

Al comenzar este artículo dijimos que la influencia del pico de Teide se hacia demasiado palpable en los terrenos cavernosos y volcánicos que por todas partes nos ofrecia la parte del sud-este de la isla; y en efecto, los

raras fenómenos que las erupciones de este volcan, y en su consecuencia las mezclas de lava y otras materias calcinadas y areniscas con el terreno natural, ofrecen así en la vegetacion como en el suelo mismo, merecerian una leyenda destinada á cada una de sus grutas ó cavernas, así como sus frondosos bosques y amenas praderas serian objetos de que no se desdénara la pluma de Milton, y que mas aun parecen haber sido pintadas por el autor de las *Georgicas* y de la *Enéida*. Hay, entre mil otras, una caverna en un miserable pueblo denominado Candelaria, construido todo sobre rocas a la orilla del mar, que por tradiciones del país está consagrada á S. Blas, y en ella se le venera en un limpio y aseado altar colocado en su medio. Es bastante profunda, de forma regular, y de piedra muy negra. Cuando el mar se pica ó altera notablemente, esta piedra se reviste toda de solitre, porque las aguas saladas la han bañado largo tiempo, y encendidas las luces del altar hace toda ella un reflejo tan hermoso que el pincel del Bassano seria muy pobre para buscarlo. Considere ahora el lector cuán bello será un país donde estas preciosidades se miran hasta con desprecio, porque la naturaleza las ofrece de todo género, y en una abundancia pumosa.

Muy cerca de ese mismo pueblo de Candelaria, caminando hacia Güimar, sorprenderá al viajero otro fenómeno que no podemos pasar desapercibido: en aquella legua de camino se encuentran las corrientes ya endurecidas de tres barrancos de lava que el Teide arrojó de sí el siglo pasado, y de las cuales la última fué en 1798. Estos barrancos tienen una elevacion de seis ó ocho varas á lo mas sobre el nivel del terreno, pero dos ó trescientas de ancho, y una legua ó legua y media de estension, terminando en el mar, donde se arrojaron. Su primera vejatacion son los *balas* y las *retamas*, de las cuales la primera planta se asemeja á un lloran pequeño, la segunda imita á una orana grande con muchas velas; y la última de estos corrientes de lava, que aun no vegeta, cria solo un ligero musgo durante el invierno, que en el verano queman los ardores del sol unidos á la naturaleza ardiente del terreno, presentando el aspecto de una llanura entrojecida, ó de un campo donde se quemasen rastros.

Si despues de estas observaciones sobre el terreno de Tenerife hubiésemos de examinar su vegetacion, y la multitud de plantas no conocidas en España que se producen en aquel país, á mas de todas las que por aquí se crían, nuestra tarea seria en verdad larga y enojosa. Así pues nos limitaremos á decir que las patatas (allí denominadas papas), las cebollas, almendras, atun, pescado salado, trigo, orejilla, carne de puerco y judías forman casi la base de su riqueza, tanto en consumo interior como en exportacion, habiendo producido esta última muy cerca de un millon y medio de reales el año de 1839; y que se dan en aquel feracísimo suelo todas las plantas, flores y frutos de América además de las europeas, así por participe su clima de la naturaleza de los de ambas partes, como porque las diversas clases de terrenos, dimanadas de las causas anteriormente espuestas, hacen este país susceptible de tan variadas producciones.

La cochinilla, ese precioso tinte que con abundancia se cria en Canarias, hubiere sido tambien un manantial fecundo de su riqueza, si sus moradores nos hubiesen aguardado á acclimatarla, cuando otros descubrimientos han sustituido ventajosamente á aquella, haciendo innecesaria su compra: y razones analogas respecto de sus ricos vinos á saber, las posesiones inglesas en el cabo de Buena-esperanza, y los adelantos y mejoras que han recibido los de Jerez, han hecho bajar el valor de

aquellos en poco mas de 20 años á su décima parte, es decir, de ciento á diez.

Siguiendo en un todo el plan que nos propusimos al escribir estos artículos, después de haber hecho en el primero una descripción general del país que nos ocupa, y de las costumbres de sus moradores, le hemos considerado en este bajo su aspecto material, examinando la naturaleza de su terreno, y sus varias producciones. En el siguiente, terminando este asunto, daremos una idea de sus vicisitudes históricas, su aspecto moral y político, y las causas del abatido y triste estado en que hoy se encuentra.

JOSÉ MARIA ANTEQUERA.

EL SAMSON DE ESTREMADURA

DIEGO GARCIA DE PAREDES.

(Conclusion. Véase el número anterior.)

Fue el primero que acometió al enemigo, junto á la Chirínola y río Garelauo, y el primero que subió al muro en la toma de la ciudad de Rubo. Otro tanto hizo en la del castillo de Bisela, y en la de Roca de Andria. Alzó el cerco de Rocaseca, que parecia imposible, con solo los soldados españoles. Ganó la batalla de Padua y tomó por fuerza el sitio donde el emperador Maximiliano asentó su real. Defendió la ciudad de Verona, y la libró de caer en manos de los enemigos. Se halló en la acción de Vicencia, teniendo no pequeña parte en una victoria tan insigne. De allí vino al reino de Navarra, ocupado por los franceses en tiempo de la ausencia del emperador y Rey D. Carlos de Austria, y en la batalla de Pamplona se le atribuye la mejor parte. Estuvo en la rendición de Fuenterrabía, S. Juan de Pie del Puerto, y Amaya, trabajando lo que no es decible. Por tan heroicas hazañas el mismo emperador le armó caballero de Espuela-dorada el mismo día que el pontífice Clemente séptimo le coronó. El gran capitán le dió título de marqués de la Coloneta, en el Abruzo; aunque fué después reformada esta gracia por los émulos mal contentos con su premio. Asistió á la batalla de Ravenna donde murieron Mr. Allegri, Tosp, y Lotrech. Presentóse en Medina del Campo donde estaba la córte; y de allí salió para la ciudad de Trugillo, su patria. Sucedióle en el camino un lance que acredita lo extraordinario de sus fuerzas. Llegó á la ciudad de Coria solo con un paje, y se hospedó en la posada; dejando atrás veinte y cinco arcabuceros, que traía de Italia. Había rodeados á la lumbre muchos huéspedes, entre ellos dos hombres y dos mujeres de mala vida, que componían una buena cena; y como le vieron vestido de pardo, y de pocas razones, le burlaron riéndose de él, y llegando uno hasta reconocer el traje. Tiróle con fuerza del papahigo, y se descubrieron las armas, que siempre llevaba consigo; diciendo entouces una de las mujercillas que se habia escapado del sepulcro; otro le decia que si las habia robado; y el sufría hasta ver si se cansaban. Llegó su gente, á quien hizo avisar con el paje que luciese como que no le conocian, aunque mas se des-

compusiese aquel canallaje; que no por esto dejó su mofa y desteimplauza. Pero como cada vez era mayor, se enfadó un cabo, y tomando un banco, abrió la cabeza de uno, y echando mano de los hombres y mujeres los amontó sobre la lumbre, donde los tuvo hasta que una mujer se acabó de quemar, maltratando á todos el fuego. Dejó por fin que saliesen, y sequejaron, con la demas gente del meson, llamando á la justicia. Acudió luego mandando abrir las puertas, y en otro caso amenazaba con echarlas abajo. Cenaba tranquilo Garcia, cuando todo esto pasaba, y acabando las mandó abrir. Entraron de tropel algunos ministros, y la trancaca que tenia en sus manos les hizo rodar por el suelo muy contra su gusto, sin que nadie los quisiera socorrer.

Alborotóse todo el pueblo, y se conmovió en términos que fué necesaria la presencia del obispo para apaciguar tan gran motin. Conoció á Paredes, que era su deudo, y sosegada la ciudad le licieron grande honra y estimacion.

Cuéntase que siendo de tierna edad, vino un día su madre de misa, y diciendo que tenia que volver á la iglesia porque se le habia olvidado tomar agua bendita, salió corriendo á la parroquia de Santa Maria y arrancó la pila, trayéndola en sus manos para que su madre tomase agua, lo que verificado condujo otra vez á su sitio. Esta pila es de un peso extraordinario, de piedra de grano, y hoy se mira en la sobredicha parroquia, causando admiracion este hecho á cuantos le reflexionan; porque parece imposible que un hombre pudiera llevar una mole tan inmensa. Tambien se dice que una noche, para hablar á su querida, arrancó la reja de una ventana, y manifestándole que se descubriera por la falta de la misma reja, fué arrancando todas las que habia en la calle, lo que llenó de admiracion á la ciudad. Murió de una caída á la edad de sesenta y cuatro años, el de 1530, y su cuerpo fué depositado en Bolonia, desde donde fué traído á la parroquia de Sta. María de Trugillo, sobre cuyo sepulcro están dos handeras, que puso por trofeo su hijo natural, Diego Garcia de Paredes, que tanto se distinguió en las guerras de Italia. Su familia emparentó con los Carvajales, señores de Torrejon; con los Orellanas, que lo son de Orellana la Vieja, con los Tapias Satomayores, Ovandos, Esquivales, y Guzmanes, y es una de las distinguidas de España.

MANUEL MARIA RODRIGUEZ VALDÉS.

Rápida ojeada

SOBRE

LA HISTORIA DEL TEATRO ESPAÑOL.

(Continuacion. Véanse los tres números anteriores.)

TERCERA EPOCA.

CONOCIDAS son de todos las causas poderosas que á principios del pasado siglo hubieron de influir necesariamente en la alteracion de las costumbres, y aun de la nacio-

nalidad española. Empeñado nuestro desgraciada país, á la muerte del último monarca de la dinastía austriaca, en una sangrienta guerra de sucesión por el espacio de estorcer años, lucha en que tomaron parte, invadiendo nuestro territorio, los ejércitos alemanes y holandeses, franceses, ingleses y portugueses; colocado, por resultado de ella en el trono el nieto de Luis XIV, y dominada la corte, dominada la opinión pública por la poderosa influencia del gabinete de Versalles, no es de extrañar que hasta cierto punto se viera realizado el dicho de aquel gran príncipe al despedirse de su nieto: «No haya Pirineos.»

Dejemos á los políticos, dejemos á los profundos moralistas la difícil cuestión de saber si ganamos ó perdimos en esta necesaria transformación. Baste á nuestro propósito el señalarla como dato para entrar á contemplar una nueva época literaria en que, así como en la política, como en las costumbres, en el idioma y hasta en el traje mismo, todo cedió á la influencia, y se matizó con los colores del gusto francés.

Los primeros poetas que, concluida la guerra, en 1714 se dedicaron á cultivar el arte dramático, pagaron necesariamente tributo á los sucesos del día, y produjeron algunas piezas de circunstancias bien recibidas entonces, aunque, como todas las de su clase, fueron muy luego olvidadas. Tales fueron la de D. Tomás Gemis, titulada *Los triunfos de Felipe V y glorias de Gabriela*; la de D. Juan de Vera y Villaroel, *Felipe V en Italia*; la de D. Rodrigo de Urrutia, *Rey decretado del cielo*; y otras muchas de *Felipe en Extremadura*, *Felipe V en Sevilla*, *El infante D. Carlos en Sicilia*, etc.

En estas comedias, así como en otras muchas de diversos autores, tales como D. Melchor Fernandez de Leon, D. Diego de Torres, D. Antonio Tellez Acebedo, Don Pedro Sotí, D. Tomás de Añorbe y Corregel, Don Bernardino Reynoso, y otros poco conocidos, ni dignos de serlo, se echa de ver, primero, la medianía de su ingenio, y segundo, la lucha en que se había colonado el gusto, entre los recuerdos harto débiles del teatro antiguo, y las severas exigencias de la escuela clásica inaugurada en el vecino reino por los portos del gran siglo.

Hemos dicho en el artículo anterior que D. Antonio Zamora y D. José Cañizares fueron los únicos que por aquel tiempo intentaron luchar contra el mal gusto dominante, y hacer revivir las glorias de la musa de Lope y de Moreto; pero aunque presentaron algunas muestras de su aptitud para tan alta empresa, se vieron sin querer apartados de ella y arrastrados en el caos de confusión literaria, en que alternaban con insípida algarabía los dioses fabulosos de la Grecia, y los milagros de vírgenes aparecidas; las hazañas de los escudillos españoles y los amores de los reyes extranjeros; las novelas mas soporíferas; y las batallas de moros y cristianos; la poesía mas desaliñada, con los artificios y tramoyas de la mágica.

Para formarse una idea de toda esta batola, bastará apuntar aquí algunos de los títulos, tomados al seso de las comedias que por entonces se representaban y andaban en boca, obras de los ingenios de la época, como las ya citadas, y D. Eugenio Gerardo Lobo, D. Antonio Pablo Fernandez, Fr. Juan de la Concepción, etc., etc. Hélas aquí: *El mas justo rey de Grecia*;—*Los mártires de Toledo, y tejedor Palomque*;—*Angel lego y pastor*; *San Pascual Baylan*;—*El mágico de Salerno*; *Padre Foyalarde*;—*El laurel de Apolo*;—*El monstruo de Barcelona*;—*Quitar del cordel el cuello ex la mas justa venganza, ó el pobre fundador del hospital mas famoso, el venerable Andon Martin*;—*Carlos V sobre Terez*;—*La destrucción*

de Tebas;—*El blasón de los Guzmanes y defensa de Torifa*;—*D. Juan de Espina en Madrid*;—*Lo hazaña mayor de Alcides*;—*El asombro de la Francia, Marta la Ramarentina*;—*Endimion y Diana*;—*Quitar de España con honra el feudo de cien doncellas*;—*El septo niño de la Guarda*;—*El pleito de Hernan Cortés con Pánfilo de Narvaez*, etc., etc.

En el siguiente reinado de Fernando VI siguió el teatro en el mismo desorden, mas y mas motivado por el desden con que era mirado por la corte y el público, aficionados á las óperas italianas que habia introducido el famoso Ganasa en el nuevo teatro de los Caños del Peral. Tambien se intentó por entonces aclimatar en nuestra escena otra especie de composición, con piezas de canto á la manera de los *vaudevilles* franceses, y que fueron apellidadas *zarzuelas* del nombre de la casa de recreo de la familia real que está en el camino del Pardo, y en cuyo teatro fueron ensayadas. De estas se escribieron muchas, la mayor parte de cuentos mitológicos y pastorales, como *Los encantos de Amenan*; *Arceos y Calisto*; *Araspes y Parlen*; *Apolo y Leucoatoe*; *Filis y Demofonte*; *Aspides luy basiliscos*; *La manzana de oro*; *Pelope y Laodamia*; *Apolo y Climene*; *Clitic y el sol*; *Telmaco y Calipso*, etc., etc., pero nunca ha podido arraigarse sólidamente este género en nuestro teatro.

Los estudios clásicos del antiguo teatro griego, y del moderno francés, habian empezado á desenvolverse desde principio del siglo entre nuestros literatos, una casi frenética idolatría hacia los preceptos consignados en las lecciones poéticas de Aristóteles, Horacio y Boileau; y preocupados con el entusiasmo que en sus imaginaciones debían producir las bellas producciones de Racine, de Corneille y de Molière, al paso que miraban con horror á los menguados copleros que por entonces infestaban nuestra escena, envolvian injustamente en su censura á los grandes ingenios que tan osadamente habian volado en el siglo anterior por las regiones de la fantasía. Esto es lo natural en toda reaccion; confundir indebidamente lo bueno con lo malo, lo sublime con lo ridículo, el fruto de la ignorancia con los estravios del genio.

Don Ignacio Luzan, célebre por su conocida ilustracion y su razon severa, quiso, pues, ser entre nosotros el Moisés de este nuevo decálogo literario, y publicó en 1758 su libro de *La Poética*, en que con mas ó menos gusto y criterio, reasumió y puso en lenguaje español los preceptos ó consejos de los ya dichos autores, griego, latino y francés.

Ya queda dicho en los artículos anteriores que estos preceptos no eran desconocidos en nuestra país, como certifica el mismo Lope en los versos que de él citamos; y puede probarse tambien con el *Ejemplar poético* de Juan de la Cueva; pero el genio español, por entonces osado é independiente, hizo poco caso de aquellos famosos cánones, y sea que el clima, las costumbres, y las leyes influyesen en el gusto de autores y público diversamente, sea que no creyesen reconocer autoridad superior, ello fué que se pasaron muy bien sin reglas, y que elevaron el teatro de su nación á una altura escepcional en su siglo, y aun hoy digna de admiracion.

Peró las circunstancias habian cambiado: los grandes y originales ingenios habian desaparecido; el gusto nacional se habia olvidado; la autoridad, las leyes y la opinion se prestaban hoy á la innovacion proyectada, y Luzan y los suyos acometieron la empresa con un celo y entusiasmo que ciertamente les honra.

Don Agustín Montiano y Luyando presentó en su *Virgilia* y en su *Atulfo* los dos primeros ensayos de la tragedia clásica en el estilo greco-francés; y es preciso convenir que no acertó á probar otra cosa, sino que siguiendo las consabidas reglas, podía también llegar á hacerse una pesadísima tontería. D. Eugenio Llaguno y Amirota tradujo la *Althia* de Racine, y algunos años después D. Nicolás Fernández de Moratín hizo las tragedias de *Lucrecia*, *Hormesinda*, y *Guzmán el bueno*; y la comedia de *La pelimetra*, todas clásicas puras, todas arregladas al arte, y todas perfectamente soporíferas.

Ni fueron mas acertados en sus ensayos Don Pablo Olavide, con las tragedias de *Celmira* é *Hipermenestra*; Don Juan Lopez Sedano con la de *Jahel*; D. José Clavijo y Fajardo con la de *Andrómaca*, ni el Sr. Jovellanos con su *Mitruza*, y otros muchos que ya de asuntos propios ya traducidas de las francesas, intentaron aclimatar por entonces el puñal de Melpómene en la escena española.

El último, sin embargo, de estos distinguidos autores (el Sr. D. Gaspar Melchor de Jovellanos) dió un paso atrevido y seguramente autorizado con el éxito mas completo, en su excelente drama titulado *El delincuente honrado*, en que no solo se apartó con singular acierto de las preocupaciones de los preceptistas, y de la extravagancia de los corruptores, sino que tuvo suficiente valor para ofrecer en nuestra escena un drama escrito en prosa palpitante de interés, sentimental, como entonces se decía, y de estilo digno y elevado.

En medio de los encontrados campos en que por ambas partes se peleaba, de un lado los hombres estudiosos y reflexivos, amantes de lo que apellidaban *buen escuela*, aunque preocupados demasadamente con sus dogmas; del otro los espíritus castreros, espigadores de toda mala yerba, abastecedores de quinola y copleros de afición, se alzó un hombre realmente notable, así por la fuerza de su ingenio, como por la osadía y petulancia de su carácter. Este hombre fué D. Vicente García de la Huerta, el cual echando de ver la parte mas flaca en los antiguos dramaturgos, quiso ser su campeón y reabilitarlos en la opinion, á fuerza de insultos y sarcasmos contra sus antagonistas los clásicos. Pero por fortuna para él, su talento podía mas que su preocupación; y cuando llegó el caso de probar su intento, de desenterrar las formas dramáticas de Calderon y Lope, se vió sin querer arrastrado, dentro del círculo que la razon y el gusto trazaban ya, y dió en su *Raquel* una composicion trágica con todas las formas clásicas, si bien guardando cierta pompa en la versificación, que tan grata la hizo y hará siempre á los oídos españoles.

Entre tanto que Huerta defendía el teatro antiguo escribiendo y traduciendo tragedias á la moderna, y que los clásicos intentaban probar la bandal de sus preceptos, produciendo comedias insípidas; el grueso de la langa poética, los abastecedores por junto, los peones del oficio, inundaban cada dia nuestra escena de insupportables mamarrachos, y á fuerza de escribir y de gritar asordaban los oídos del público, mareaban su cabeza, y le acrastraban como victima dentro del legamoso cenagal de sus pobres ingenios.

Desgraciadamente para el pobre pueblo, la fecundidad de estos euitados era inagotable. Trabajando dia y noche á destajo ó asalariados á jornal, en les daba que sus composiciones fueran trágicas ó cómicas, propias ó ajenas, simples ó compuestas, con tal que fuesen muchas y propias para excitar la codicia de los cómicos, y el aplauso del patio de las entouces propiamente llamados *corrales*.

Don Francisco Mariano Nijo, D. Manuel Fermín de Laviano, Fermín Rey, Luis Mouzin y José Concha, comediantes, y otros infinitos, por fortuna hoy olvidados, eran los encargados de abastecer la escena de diarias enormidades, y debábase tan buena maña, que el que menos de ellos produjo en pocos años uno ó dos centenares de comedias famosas, tales como *El sol de España en su Oriente* y *Tuledano Moises*;—*El Godo rey Leovigildo y vencido vencedor*;—*No hay en amor fineza mas constante, que dejar por amor su mismo amante, ó la Niteli*;—*Defensa de Barcelona, por la mas fuerte amazona*;—*Hernán Cortés en Tabasco*;—*Olimpia y Nicandro*;—*Para averiguar verdades el tiempo el mejor testigo*;—*El elector de Sajonia*;—*La Inocencia triunfante*;—*El rencor mas inhumano de un pecho alicé y tirano, y condesa Jenowithz*, y otras muchas á este tenor.

A estos sucedieron otros ingenios no menos osados, de obras llamadas *originales*; y con ellas vinieron los traductores que se propusieron cobrar con usuras del teatro francés los varios plagios que en siglos anteriores hizo este del nuestro.

Al frente de toda aquella turba de escritores, decollaban por su laboriosidad, cuando no por su medianía ingenio, D. Antonio Valladares de Solomayor, Don Vicente Rodriguez de Arellano, D. Gaspar Zabala y Zamora, y D. Luciano Francisco Comella.—El primero de ellos, hombre de bastante erudicion y algun gusto, hizo muchas traducciones del francés, y varias comedias que merecieron aplauso como *El católico Recaredo*, *El vinatero de Madrid*, *Exceder en heroismo la mujer al héroe mismo*, *Por Exposa y trono á un tiempo* y *Mágico de Servan*, y otras muchas, hasta mas de doscientas piezas de teatro.—Rodriguez de Arellano fué tambien fecundo, aunque no tanto; siendo entre sus comedias la mas famosa la de *El Pintor fingido*.—Zabala y Zamora escribia mucho de comedias-novelas, propias y extrañas, como *La Justina*, *Palms y Oronte*, *Jenwal y Paustina*, *Ano y Sindhan*, *El Calderero de S. German*, *El Cesar Ivan*, *Carlos XII, rey de Suecia*, *La hidalguía de una inglesa*, etc.; y puso por entonces en moda ese drama ó cuento dialogado de caracteres excepcionales y suceso anecdótico que ahora vuelve á producirse como nuevo, bajo los hábitos de *Fabio el Novicio*, *Bruno el tejedor*, *Ricardo el negociante*, *Marcelino el tapicero*, *Gaspar el ganadero*, etc., etc. Por último, Don Luciano Francisco Comella, tan célebre desde entonces mas que por sus muchas obras por las despiadadas sátiras de Moratín, bastaba él solo para surtir el teatro de novedades diarias, en el género altisonante y de bambolla que entonces chocaba tanto al público, y levantaba tan alta la fama de los amanerados actores. *Catalina II*, *Federico II*, *Luis XIV*, el grande; *Maria Teresa de Austria*; *Cristina de Suecia*; *Gustavo Adolfo*, y otros monarcas mas ó menos contemporáneos, eran para Comella otras tantas minas de enredos dramáticos, colgándoles cualquiera aneodota mas ó menos sentimental, poniendo en su boca todos los partes de las gacetas; haciéndoles pasar revistas ostentosas, montar á caballo, asistir á batallas, tomar plazas, perdonar reos, y coronar tiernos amantes, con gran satisfacción del público, y no poco hora de los actores Manuel García Porra, Antonia Prado, José Oros, y la célebre Rita Luna, que como todo el mundo sabe, supo dar tan alta importancia á *La moscovita sensible*, *La esclava del Negroponto*, y otras piezas de Comella.

Por este tiempo (últimos años del reinado de Carlos III, y principios del de Carlos IV) D. Cándido María Trigueros y otros celosos escritores, pretendieron rejuvenecer los laureles de los dramáticos antiguos, presen-

tando refundidas por ellos varias comedias de Lope, Calderon, y Moreto, como *Sancho Ortiz de las Rocas* (La Estrella de Sevilla); *La Moza de Cantaro*; *La buscona*; *Lo cierto por lo dudoso*; *La Melindrosa*; *El Astrólogo fingido*; *Rey valiente y justiciero*, y otras varias que apesar de su gran mérito y aun recordadas y atildadas á la moda clásica, apenas lograban hacerse lugar entre la osada gaiteria de los copleros.

Otro hombre singular pretendió y consiguió por entonces un puesto notable en nuestro teatro, aunque en una categoría subalterna, y es preciso convenir en que en su linea no ha tenido ni antes ni despues rival. Hablamos de *D. Ramon de la Cruz y Cano*, el cual limitándose á las pequeñas farsas de fin de fiesta, llamadas *sainetes*, supo, sin embargo, darlas cierta importancia por un gran fondo de observacion, gracia y verdad en los argumentos, y sumo chiste en la expresion con que llegó á pintar y trasladar á la escena los amores, las contiendas, el lenguaje y vida animada del pueblo bajo de Madrid, acaso demasiado embellecido con los graciosos colores de su risueña fantasía. Mas de doscientos sainetes han dado á *Cruz* una reputacion escepcional en su género, y no pueden negarse sin injusticia cualidades eminentemente cómicas al autor del *Monolo*; *La oposicion á cortejo*; *La casa de tócame Roque*; *La comedia en maravillas*; *La embarazada ridicula*; *Los payos en la corte*; *Inesilla la de Pinto*; *El por qué de las tertulias*; *El careo de los ojos*; *Las castañeras picadas*; *Butibanbas y Mueibarrenas*; *El buñuelo*; *Los payos en el ensayo*; y otros muchos que aun hoy día son representados con gran contento del público.

Entre tanto que el gusto de este fluctuaba entre los aparatosos espectáculos de Comella, y las burlescas sátiras de Cruz, los clásicos eruditos seguian trabajando con ardor en lo que creian ser su mision; esto es, trasplantar en toda su pureza á nuestra España el drama clásico francés. El gobierno, á cuya cabeza se hallaban hombres de gran saber, creía tambien que era de su deber proteger aquella regeneracion, y favorecia y animaba con todas sus fuerzas á los autores que afiliaban su pluma en la nueva cruzada clásica.

Hemos dicho anteriormente lo poco felices que andubieron los primeros que se adelantaron á seguir la bandera levantada por Luzán; tras ellos vinieron los simples traductores; que en un abrir y cerrar de ojos vaciaron en mal lenguaje español las ricas producciones de Corneille y Racine, de Molière y de Regnard. Brilló luego *D. Tomás de Iriarte*, hombre de gusto delicado, de amena instruccion, y de gran popularidad, el cual con sus comedias originales de *El señorito mimado*; *La señorita mal criada*; *Hacer que hacemos*, y alguna docena de traducciones, hizo ganar al teatro clásico moderno gran pieza de terreno, hasta que por último apareció en él su verdadero fundador en nuestra España, el célebre *Inarco Celenia* (D. Leandro Fernandez de Moratin), que con aquel privilegio, solo dado á los ingenios superiores, logró avasallar completamente el gusto del público, y lanzó de la escena á sus inmundos profanadores.

Las comedias de Moratin, aunque reducidas á solo el número de cinco, merecian por sí solas un delicado exámen, porque en ellas viene á refundirse nuestro teatro clásico, que aunque continuado despues por ingenios no tan superiores, no pudo llegar en sus manos á la altura del modelo que se proponian imitar. Pero los estrechos límites de este artículo, ya harto dilatados, no permiten esplayar este análisis; basta decir que á nuestro entender Moratin, como filósofo observador, acer-

tó á pintar al hombre de su siglo con tan rara perfeccion, que el mismo original se admiró al contemplarse en tol espejo; como moralista se atrevió á poner su mano audaz en los vicios dominantes de su época, la hipocresía, la mala educacion, el pedantismo y la vanidad; como poeta cómico, supo dar un alto grado de interés á sus caracteres, crear situaciones interesantes, y disponer enredos de efecto dramático; y como hablista supo escribir en el lenguaje mas castizo y propio de la comedia, así en prosa como en verso, logrando hacer tan populares sus palabras como lo eran en su tiempo las mogigatas como *Doña Clara*; las viejas charlatanas como *Doña Irene*; los pedantes como *D. Hermógenes*; los poetas fámelicos como *D. Eleuterio*; las lugareñas orgullosas como la *tía Mónica*; los criados gruñidores como *Muñoz*. Hoy es, y cuando casi medio siglo nos separa de aquella sociedad, todavia nos arrebatá la semejanza, todavia la comprendemos, la palpanos, como en un cuadro de Goya; todavia *El viejo y la niña*; *El baron*; *La mogigata*; *La comedia nueva* y *El sí de las niñas*, cuyos originales ya no existen, nos encantan y seducen poco menos que seducian y encantaban á nuestros padres. Grande y poderoso privilegio de la verdad; imperio eterno del filosófico pincel que sin exageracion ni violencia acierta á diseñar el interesante cuadro de las pasiones humanas; porque aunque alterados los accesorios por el transcurso del tiempo y la influencia de las costumbres, queda siempre verdadero el fondo del carácter; dígalo sino el Harpagon de Molière y el *D. Roque* y *Muñoz* de Moratin.

La tragedia clásica, cuyos primeros ensayos fueron, como queda dicho, tan desgraciados entre nosotros, consiguió adquirir cierto grado de interés con la *Numancia destruida* de D. Ignacio de Ayala, *D. Sancho Garcia de Cadahalso*, y alguna otra; hasta que *D. Nicasio Alvarez de Cienfuegos* y *D. Manuel José Quintana*, la hicieron suya en los primeros años de este siglo; pero esto ya pertenece mas propiamente á la historia de él, aunque á decir verdad, el siglo XIX, así en política como en literatura, empezó para nosotros en 1808.

R. DE MESONERO ROMANOS.

ERRATAS IMPORTANTES EN EL NUMERO DEL DOMINGO ANTERIOR.

En la página 379, columna 1.ª, línea 50 debe decir: «Este traje verdaderamente raro y propio del país, es lo que se llama *la mantilla blanca*. Por último, aun se conserva en los pueblos de Tenerife y en las islas de la Palma y la Gomera el uso de dos sayas negras de seda iguales, etc.»

En la firma del artículo del teatro español, que concluye en la página 382, debe haber estas iniciales R. de M. R.

En la misma página, línea 35, donde dice, «amor de Pulpete» debe decir «autor de.»

En el artículo de costumbres que va al fin, donde dice «Baillita» debe decir «Basilise.»

USOS Y TRAJES PROVINCIALES.



LOS AVILESES.

(El artículo correspondiente irá en el número próximo.)

Se suscribe al Semanario en las librerías de *Jordan* calle de Carretas, de *Cuesta* y de *Paz*, calle Mayor. Precio 4 rs. al mes, 20 por seis meses, y 36 por un año. En las provincias en las principales librerías y administraciones de correos, con el aumento de porte.

Sigue abierta la suscripción á los seis tomos anteriores á razon de 30 reales cada uno, y 36 en las provincias. También hay alguna colección completa de dichos seis tomos á 180 rs.

El día 30 de noviembre se ha repartido á los Sres. suscritores al Semanario por tomos, el de 1837.